



LA ELEGANCIA SOCIAL DEL IMPUESTO SOBRE LA RENTA

El país se democratiza no porque lo digan los telediaros ni las entrevistas a Ricardo de la Cierva, sino porque gracias a los grandes almacenes, a las tarjetas de crédito, al pluriempleo y a los convenios colectivos, las elegancias sociales en otro tiempo vedadas al pueblo llano y de sobaco oloroso a barranco y jara se están generalizando que da gusto. Lo que no deja de ser una pena.

Antes había elegancias sociales inalcanzables, como ser miembro de un club de tenis, leer en inglés, beber whisky escocés, tener una querida. Para beber whisky, para leer en inglés, había que ser inspector de la Fiscalía, o por lo menos estraperlista de bonos de gasolina. Pero ya los inspectores de la Fiscalía se conforman con escribir cartas al director de "Ciudadano", en su dorado paso por los escalafones de las clases pasivas, y los estraperlistas de bonos de gasolina no son naturales del país, sino príncipes árabes con emiratos en el Golfo Pérsico y harenes en los que son absolutamente innecesarias las querindongas que trabajan por la mañana de telefonistas o de mecanógrafas y que se pintaban por la tarde el pelo de rubio con canomila Intea.

Incluso, ay, Fabio, ha desaparecido la elegancia social de pagar el impuesto general sobre la renta. Ya no solamente pagar este impuesto es una ordinareiz al alcance de cualquier pluriempleado, sino que la democrática recluta se hace a golpe de multa, tres mil duros del ala para el que se resista a entrar en el paraíso de iniciados que ganan para algo más que para ir tirando.

¡Qué tiempos aquellos, ay, dolor, en que pagaban el impuesto sobre la renta solamente los que tenían que pagarlo, los que eran labradores propietarios, grandes de España, accionistas in péctore de Altos Hornos, ex alumnos de Areneros, abogados por Deusto, economistas por la London School! Pero viene Barrera de Iririo y de un plumazo mete el impuesto general sobre la renta en la cadena del consumo. Ya los impuestos se anuncian en televisión como los detergentes, en las Hojas del Lunes como si fueran cursos por correspondencia de kung-fu o ventas por cupón de preparados maravillosos para suprimir el vello superfluo o para desarrollar la musculatura en plan mister Universo.

Ya, ay, Fabio, hay que tener un coche así, y una lavadora superautomática asao, y a los niños en un colegio pera con clase de equitación y de esgrima, y a la señora esposa vestida donde ya es primavera. Y para marcar el tono, pagar el impuesto general sobre la renta, que es muy social y muy democrático y se lleva mucho esta temporada, so pena que no te guste ir a la moda y te crujan la multa de tres mil duros.

Con tanto secretario general técnico del Opus recién sacado del poder, el país está de un democrático que apesta. Ya tienen que pagar el impuesto general sobre la renta hasta las corresponsales de la señora Francis. Claro que contra los desmanes de la democracia siempre quedan inaccesibles elegancias sociales. Como llevarse el dinero a un banco de Ginebra e invertirlo en Telefónicas de las de allí. Y mientras traducen o no a francos suizos la multa de tres mil duros...

BURGOS



Dijo la televisión:
—Cum ego loquor, nemo hiscere audet.

(«Cuando yo hablo, nadie se atreve a chistar»).

Uno sale en la televisión y la gente dice: «¡Que te nos vas pa arriba!...». Esta obsesión por salir en la pequeña pantalla ha dado origen a un nuevo primate en la familia de los telediventes: el hombre que se deforma en muecas, contorsiones y braceos de simio cachondo, cuando descubre que la cámara de retransmisiones le apunta a él. Hay que salir en la tele. Como sea. Si hay que escalar las espaldas de una pobre señora embarazada, se escala. Si hay que encaramarse a la joroba de un anciano clavándole las tachuelas en la

jiba, se intenta. Lo importante es que toda España sepa que estábamos viendo los alardes doctorales de don Antonio Bienvenida. No se llega a importan-



SALIR EN LA TELEVISION

te, sin haber salido en la televisión.

Aunque hay quien sostiene la teoría de que puede llegarse a la importancia saliendo de la te-

levisión. Dicen que esta fórmula es más cómoda. Casi siempre te la dan resuelta. Para ello no hace falta mover los brazos como las hélices de un Junker, ni poner cara de idiota, ni dar saltos sobre los juanetes del vecino de localidad, ni gritar: «¡Madre, que estoy aquí!...», ni levantar las piernas por encima de un perito industrial, ni hacer sombras chinescas con las orejas en la andanada de sol. Para salir de televisión basta con no tener nada que hacer en televisión. Basta con esperar la crisis. A veces, te dicen por dónde y cuándo has de salir. Y no te acompañan hasta la puerta porque andan muy ocupados trasladando despachos, que si no... ■ CONCORDIO.

